

# El Aporte Socio-Cultural de América Aborigen a España

*Wilson Vela Hervas*

Resumen de la ponencia presentada por el autor en la reunión de la Comisión Social de la Asociación Pro Unidad Latinoamericana "AULA" celebrada en México del 15 al 18 de febrero de 1987.

**P**erspectivas inquietantes que ponen en peligro la vigencia del sistema democrático y, aún más las actitudes de violencia que amenazan romper la unidad solidaria de América Latina, nos obligan a muy serias reflexiones, y una de ellas puede ser, a no dudar, la que se refiere a la desorientada y superficial formación cultural que reciben nuestras juventudes con la deficiente enseñanza, por elemental y a veces nula, de la Moral, de la Etica, de la Cívica y de la Historia Patria en sus profundas raíces y amplitud de análisis.

Se va perdiendo el sentimiento de nacionalidad y la mística de un sano orgullo americanista.

La juventud desconoce de nuestros valores autóctonos e ignora de las grandes virtualesidades espirituales de América, pero tiene, en cambio, prejuicios negativos que han envenenado su alma aquellas doctrinas perniciosas y foráneas, de un apasionado extremismo ideológico, importadas de pueblos extraños, tan lejanos y tan ajenos a nuestra idiosincracia y a la naturaleza de nuestra tradición profundamente vinculada a la cultura de occidente.

Es necesario afrontar, de urgencia, una conveniente revisión de Planes de Estudio, a

diversos niveles, con un criterio de unificación y programación conjunta, en nuestros países latinoamericanos, para tratar de asegurar con firmeza, una vinculación recíproca, sobre sólidas bases histórico-sociales y ético-morales, en función de paz y de unión, que respondan, a la vez, al destino político, fraternal y solidario, en Latinoamérica, como lo propugna, con acierto, AULA, nuestra "Asociación Pro Unidad de Latinoamérica".

En esta ponencia mociono, con el convencimiento de su trascendental importancia, que se considere la conveniencia de una gestión, al más alto nivel, ante nuestros Gobiernos latinoamericanos, para tratar de obtener ciertas reformas en los Planes de Estudio, conducentes a una verdadera y sana orientación ético-cultural e histórico-política, quizá mediante un cursillo obligatorio pre-universitario.

Conocer y analizar, con sano criterio, nuestra realidad socio política, es tarea que se impone frente a nuestras juventudes para sustraerlas de ciertas influencias perniciosas que desvian su orientación ideológica y, en general, su estilo de vida, colocándolas al margen de lo que debería ser una formación con personalidad definida y con orgullo nacionalista.

La historia es la imagen de los pueblos reflejada en el espejo de la cultura, y la cultura hay que darla a nuestras nuevas generaciones con profundo sentido y emoción de Patria, al servicio de la paz y de la libertad en el orden.

Latinoamérica, tierra fecunda en idealismo, al profundizar en su pasado nos permite penetrar en su espíritu inquieto de pueblos que han escrito páginas brillantes en la historia de su cultura, desde lejanas épocas de aborígenes prehispánicos hasta el minuto vacilante de los momentos actuales.

En aquel sucederse de acontecimientos, que la vieja historia nos ofrece, tan diversos en la índole de sus antecedentes, tan variados en la característica de su esencia, tan diferentes en la naturaleza de las consecuencias que proyectan al futuro, hay una razón de ser que precisa investigarla, conocer su contenido y determinar sus modalidades, realizando un estudio y un análisis sociológico, que al tratarse de Latinoamérica nos conduce a reveladoras conclusiones en que se destaca el aporte valioso del ancestro aborigen.

Refiriéndonos a nuestras nacionalidades autóctonas, juzgando las actuaciones de los hombres en sus relaciones sociales y analizando los hechos en su trascendencia igualmente social, nos encontramos con un cuadro de realidades en el pasado que enalteciendo el espíritu de nuestras culturas tradicionales y aborígenes bien puede ser venero inagotable para orientar la formación ética política de nuestras generaciones jóvenes en todos los países latinoamericanos.

A base de una cabal interpretación sociológica de nuestra historia, será más fácil dar a las tendencias políticas un contenido ético más de acuerdo con nuestras realidades y problemas de raza y de costumbres, de cultura vernácula y de pleno contenido nacionalista y patriótico.

Los extremismos foráneos de doctrinas

exóticas rompen los principios éticos de nuestra tradición latinoamericana.

Es México, este gran país que tanto ennoblece esa tradición latinoamericana, a cuyas glorias rendimos homenaje, el que mejor ha orientado su cultura socio-política exaltando el pasado y afirmando el rumbo de su destino, al consagrar en la plaza de las Tres Culturas, aquella verdad de que "aquí cayó TLATELOLCO, en poder de Hernán Cortés. No fue triunfo ni derrota fue el doloroso nacimiento del pueblo mestizo, que es el México de Hoy".

Esta frase, de tan profundo contenido, nos hace meditar en la realidad de un hecho que social y políticamente ha tenido hondas repercusiones en la conformación del alma y la cultura del pueblo mexicano, similar, por cierto, a lo sucedido en otras latitudes como en el Incario, víctima de la traición en la persona de Atahualpa.

Es indiscutible que estudiando con sano espíritu de crítica, auxiliándonos con la tradición y la Historia, sociológicamente es posible llegar al espíritu de un pueblo y penetrar en el análisis de una época, ponernos en contacto con el alma de las razas, de las civilizaciones y de los tiempos.

Todas las manifestaciones de cultura: las ideas y las doctrinas, la belleza creada por el artista y el desenvolvimiento de las concepciones filosóficas, la evolución del sentir político y religioso, la inconformidad con el medio y los afanes de sana liberación y justicia, la actitud en general del hombre y de los pueblos frente a todas las manifestaciones de la vida, nos es dado conocer y apreciar a través del pensamiento de sus más altos exponentes.

En nuestra América, desde los tiempos aborígenes, vemos como las manifestaciones de cultura, ora de los aztecas y los incas, los araucanos y los guaraníes, sus manifestaciones de cultura fueron el reflejo de todas sus inquietudes en lo social, en lo político y

en lo económico.

Sus demostraciones de vida y de costumbres hablan de nuestro espíritu autóctono, inconforme, altivo o idealista, que más luego, con el aporte español, va proyectándose con matices de constante espiración libertaria, a veces tan romántica y apasionada, que nos ha hecho vacilar en nuestro propio destino democrático.

En América, desde el descubrimiento, las tierras se han ofrecido al hombre con amplitud generosa, y no es dable que se quieran profundizar problemas socio-económicos que afectan a otras latitudes y que pretenden ser justificación de violencias y de doctrinas extremas que desconocen valores espirituales y éticos.

Si bien es verdad que la aventura audaz marca la característica sobresaliente en la primera época que sucede al descubrimiento de América, no es menos cierto que las propias cartas de Colón y los episodios de vida con los relatos de quienes también llegaron de los primeros, como un Bernal Díaz del Castillo, un Jérez, un Cieza de León, un Gutiérrez de Santa Clara o un Fray Bartolomé de las Casas, despiertan en personajes letrados y cultos de España motivos de inspiración y afanes de estudio respecto de esta América, hasta entonces objeto de leyenda y especulaciones de fantasía.

Desde los primeros momentos que España acude a América, los hombres de pensamiento que escribieron con referencia a nuestro Continente se compenetraron de una gran verdad, aquella de que nuestros pueblos aborígenes dieron margen a la formación de nacionalidades pacíficas por necesidad y no por una autóctona superioridad moral, sino como consecuencia espontánea y fecunda de una vida más fácil y más humana.

Venciendo al tiempo y como testimonio de cultura, de esa cultura autóctona con que América india hubo de impresionar al

español, ahí tenemos ruinas de monumentos y viejos presentes como la piedra solar de los aztecas, las pirámides mayas y los monolitos de Tihuanuco.

Nacionalidad de avanzado desarrollo cultural, los mayas poseyeron Códigos religiosos, Código de la Ley, Tratados de Astronomía, Leyes mecánicas y un famoso calendario que representando a la ciencia de los Sacerdotes ha servido bastante para facilitar los estudios de la cronología sudamericana de los tiempos prehistóricos.

A todas las civilizaciones superiores del Sur y de Centroamérica se ha atribuido, directa o indirectamente, un manifiesto origen en la Cultura Maya, de la cual hubo de decir Eric Tompson: "Los Mayas produjeron una de las pocas realmente grandes y coherentes expresiones de belleza, dadas hasta hoy en el mundo, y su influencia en América fue, históricamente, tan importante como la de los griegos en Europa".

Es preciso anotar que si notables los Mayas como creadores de una magnífica organización económica, como constructores de ciudades y monumentos, o como artistas, más lo fueron como intelectuales y, diríamos, que como hombres de ciencia.

Su escritura fue jeroglífica, habiendo llegado a inventar de trescientos a cuatrocientos caracteres y logrando estructurarla, en general, de tal suerte que poco falló, en su perfección, para llegar al fonetismo.

Supieron exaltar sus triunfos, lamentar sus derrotas y fantasear su pasado con bellas alegorías poéticas.

Es famoso el libro de Chilan Balaam que tratando de asuntos varios, tiene especial importancia por los aspectos históricos que en él se tocan. Pero es aún más célebre aquel otro libro a manera de Biblia, el "Popol Buj", que habla de las tradiciones del pueblo Maya-quiché, en admirable forma poética, escrito por el indio Reinoso en el primer tercio del

siglo XVI, y que luego traducido al español y al francés, tanta curiosidad despertó en el mundo cultural de Europa y en especial de España, inspirando entre otros, al genial, autor de "El Quijote", para concebir interesantes motivos de nuevas creaciones literarias tan célebres inmortales.

Por otra parte los Chibchas, nombre genérico de una sola nacionalidad, constituyeron una reunión de civilizaciones de una misma familia extendida desde Costa Rica y Panamá hasta Colombia y Ecuador, caracterizándose por el desarrollo bastante avanzado de su cultura, que hubo de ponerse de manifiesto en la perfección de magníficos trabajos de orfebrería y metalurgia, especialmente.

Luego tenemos para referirnos a los Incas en el actual Perú, y, más tarde, gracias a sus triunfos de conquista, en la totalidad del callejón interandino, desde Tucumán en Chile hasta Pasto en Colombia, incluyendo el Ecuador de hoy, que forjaron una de las civilizaciones que honra a la cultura autóctona de nuestra América Latina.

Al decir de la leyenda, descendientes de Mancócapac y Mama Ocllo, hijos del sol, que un buen día surgieron de las profundidades del lago Titicaca, por mandato de Wiracocha, el Dios Supremo, los Incas se revelaron como hombres de indiscutible capacidad de estadistas, de organizadores y políticos.

Amantes del trabajo y la moral, poseyeron un Código penal que lo aplicaron con criterio de justicia y comprensión admirables, en el afán de reprimir, sobre todo, la vagancia y el robo, la cobardía y el crimen.

Conocieron el sistema decimal, la estadística y la demografía, las formas de clasificar los terrenos y la contabilidad.

Al no existir, sin embargo el dato fehaciente y completo que nos permita juzgar de todas la extensión del movimiento literario

incásico, el hecho de haber perdurado hasta nuestros días el bello drama "Ollántay" que por sí solo resume y significa una literatura íntegra, tendríamos para consagrar, en su justa valía, el mérito de la cultura intelectual de esa gran civilización aborígen.

En general, en su variedad de aspectos, la literatura inca estuvo representada por las rapsodias de los sacerdotes empeñados en conservar las viejas tradiciones; por las composiciones de los amautas o sabios; por los cantos de los poetas populares o arávicos que solían acompañar a los grandes señores en sus conquistas guerreras o en sus fiestas reales, hombres que fueron, diríamos, como los juglares de la edad media.

No puede discutirse que este escenario de nuestra América aborígen dió al pensamiento creador y fecundo de España, en los campos de la literatura, en los trajines de la cultura en general, una renovación de motivos y de ideas.

El aporte socio-cultural de nuestras nacionalidades aborígenes de América fue vigoroso y pleno para la España que nos trajo, con la cruz y con la espada, atributos imponderables de su espíritu y de su raza, de su religión y del idioma.

Así lograda esta amalgama de valiosa significación cultural entre nuestra América aborígen y España, pronto surgen célebres pensadores como fue, por ejemplo, uno de los grandes dramaturgos del siglo de oro, el mexicano Juan Ruíz de Alarcón, como fue la insigne poetisa Sor Juan Inés de la Cruz, como el indio de sangre real Fernando de Alba o como en el Perú el Inca Garcilazo de la Vega, descendiente de Huainacpac, como Fray Juan de Ayllon, discípulo e imitador de Góngora; como José Luis de Tejada y Guzmán, en Buenos Aires y otros más, de cuya obra el mestizo y el criollo de Latinoamérica deben sentirse orgullosos y estimulados para superar ocultos resentimientos de clase y de desadaptación social, que tan negativa repercusión tienen en el proceso de nuestra vida política.